



ALGERNON

BLACKWOOD

EL VALLE PERDIDO

Los relatos incluidos en este volumen constituyen un nuevo ejemplo del arte de Blackwood para hacer surgir de las profundidades del alma esa bruma inquietante hecha de ansiedades y presagios que difumina los perfiles de las cosas concretas y nos acerca un mundo oscuro, equívoco, y posiblemente real.

EL VALLE PERDIDO^[1]

I

MARK y Stephen, gemelos, eran un caso notable incluso dentro de su género: constituían no tanto un alma partida en dos como dos almas hechas con el mismo molde. Sus formas de ser eran casi idénticas: en gustos, en esperanzas, en temores, en deseos, en todo. Incluso les gustaba la misma clase de comida; llevaban la misma clase de sombreros, de corbatas, de trajes; y —lo que era el vínculo más fuerte de todos— por supuesto, les desagradaban las mismas cosas también. A la edad de treinta y cinco años, ninguno de los dos se había casado; porque, invariablemente, les gustaba la misma mujer; y cuando aparecía en su horizonte cierto tipo de chica, abordaban el problema con franqueza, concluían que era imposible separarse, le volvían la espalda a la vez y cambiaban de escenario antes de que dicha joven pusiese en peligro la paz en que vivían.

Porque el amor entre ambos era ilimitado —irresistible como una fuerza de la naturaleza, e indeciblemente tierno—, y su único terror era que un día llegaran a separarse.

Físicamente, incluso como gemelos, eran asombrosamente iguales. Hasta sus ojos eran idénticos: de ese gris verdoso del mar que a veces tira a azul y por la noche se puebla de sombras. Y las dos caras tenían el mismo tipo de nariz aguileña, labios severos y mandíbula pronunciada. Los

dos poseían imaginación, una imaginación disparada, a la vez que una excelente voluntad controladora, sin la que tal don puede llegar a ser fuente de debilidad. Sus emociones eran intensas y vivas también. No de las que producen cosquilleo en la piel del corazón, sino de las que abren surco.

Los dos contaban con recursos propios, aunque habían estudiado Medicina movidos por un interés personal, especializándose Mark en enfermedades de los ojos y Stephen en las mentales y nerviosas; y ejercían de manera selectiva, incluso distinguida, en la misma casa de Wimpole Street, con sus nombres en sendas placas de bronce. Así: Dr. Mark Winters, Dr. Stephen Winters.

En el verano de 1900 salieron juntos al extranjero, como tenían por costumbre, a pasar los meses de julio y agosto. Solían explorar las cadenas de montañas, recopilando el folclore y la historia natural de cada región en pequeños volúmenes cuidadosamente ilustrados con fotografías de Stephen. Y este año en particular eligieron el Jura; es decir, el tramo que se extiende entre el Lac de Joux, Baulmes y Fleurier. Porque, evidentemente, no podían abarcar toda la cordillera en sólo unas vacaciones. Lo exploraban por partes, año tras año. Y elegían invariablemente como centro de operaciones algún pueblecito tranquilo y apartado donde hubiera menos peligro de conocer gente simpática que pudiese irrumpir en la felicidad de su afecto profundo y fraterno..., de su afecto insondable y místico de gemelos.

—Porque en el extranjero —dijo Mark—, la gente tiene unas maneras insinuantes a las que a menudo es difícil resistirse. Desaparece la fría reserva inglesa. La relación se convierte en íntima amistad antes de que a uno le dé tiempo a sopesarla.

—Exactamente —añadió Stephen—. Los convencionalismos que nos protegen en nuestro país se vuelven tenues de repente, ¿verdad? Y uno se queda desarmado y expuesto al ataque... al ataque inesperado.

Alzaron los ojos y se echaron a reír; porque se leían el pensamiento el uno al otro como expertos en telepatía. Los dos estaban pensando en el temor de que una mujer acabase llevándose al uno... dejando solo al otro.

—Aunque a nuestra edad, uno es casi inmune —comentó Mark; y Stephen, sonriendo, coincidió filosóficamente:

—O *debería* serlo.

—Lo es —remachó Mark concluyente. Porque, de común acuerdo, Mark desempeñaba el *role* de hermano mayor. Su carácter era, si acaso, una pizca más práctico. Era ligeramente más crítico respecto a la vida, quizá; mientras que Stephen estaba más dispuesto a aceptar las cosas sin analizarlas, incluso sin reflexionar. Pero Stephen era más rico en ese patrimonio de sueños que proviene de una imaginación querida por sí misma.

II

Estaban muy cómodos en el chalet del campesino, del que ocupaban un cuarto de estar y dos dormitorios. Se hallaban en la linde del bosque que se extiende por las laderas de Chasseron, en el extremo de Les Rasses más alejado de Ste. Croix. Marie Petavel les servía los guisos sencillos que les gustaban; y se pasaban el día caminando, escalando y explorando: Mark recogía leyendas y folclore, Stephen realizaba estudios de historia natural, con pequeños mapas y perspectivas que dibujaba con verdadera habilidad. Pero esto era sólo una distribución del trabajo; porque cada uno estaba igualmente interesado en la ocupación del otro, y compartían sus resultados durante las largas tardes, cuando regresaban a tiempo de sus expediciones, fumando en la desvencijada galería de madera, comparando notas, perfilando capítulos, felices como dos niños. Ponían un entusiasmo infantil en todo lo que hacían, y disfrutaban tanto cuan-

do se separaban como cuando estaban juntos. Después de efectuar su excursión cada uno por su cuenta, regresaban invariablemente con sorpresas que despertaban el interés —incluso el asombro— del otro.

De este modo, el mundo extranjero de los hoteles —carente de pintoresquismo durante el día, ruidoso y acicalado por la noche— les ignoraba por completo. Y el ver —cuando pasaban por delante, atardecido— esos caravasares en pleno jolgorio les hacía apreciar aún más su apacible refugio en la vecindad del bosque. No llevaban traje de etiqueta en sus equipajes, ni siquiera *le smoking*.

—El ambiente de esos hoteles inmensos envenena francamente el de las montañas —sentenció Stephen—. Elimina toda sensación de «hechizo».

—Esa gente —confirmó Mark, con cierto desdén en los ojos— sería mucho más feliz en Trouville o en Dieppe, flirteando y demás.

Sintiéndose, pues, al resguardo de esos celos que subyacen terriblemente cerca de la superficie de todos los grandes afectos, de cuya posesión exclusiva depende la vida entera, los dos hermanos miraban con indiferencia los signos de este mundo alegre que les rodeaba. No había en toda la muchedumbre un solo individuo que pudiese introducir peligro alguno en sus vidas: ¡al menos, ninguna mujer que pudiese gustar a uno de los dos se encontraba *allí!*

Porque hay que subrayar esta idea, aunque sin exagerar. Ciertos episodios del pasado (protagonizados generalmente, además, por alguna mujer no inglesa; por ejemplo, la aventura de Budapest, o el incidente en Londres con la joven griega que fue la primera paciente de Mark y luego de Stephen), de los que escaparon sólo gracias a la fuerza de voluntad de ambos, habían demostrado que el peligro era real. Ninguno de los dos hacía referencia clara a dicho peligro; aunque sin duda tenían más o menos vívidamente presente, cada vez que llegaban a un nuevo lugar, la singular quimera de que un día llegaría una mujer, escogería a uno y

dejaría solo al otro. Era instintivo, probablemente, como es instintivo en el ciervo el miedo al lobo. Lo curioso —aunque bastante natural— era que cada hermano tenía miedo por el otro y no por sí mismo. Si alguien hubiese dicho a Mark que un día se casaría, éste se habría encogido de hombros con una sonrisa, y habría replicado: «No, ¡pero mucho me temo que Stephen sí se case!». Y *viceversa*.

III

Y entonces, de un cielo despejado, cayó el rayo... sobre Stephen. Le cogió totalmente desprevenido, y le dejó tambaleante. Porque Stephen, aún más que su hermano, poseía ese don glorioso aunque funesto, común a los poetas y los niños, por el que con unos pocos detalles insignificantes el alma construye para sí todo un cielo donde habitar.

Fue a finales del primer mes, un mes de serena felicidad juntos. Desde su exploración de los Abruzzos, dos años antes, no habían disfrutado tanto. Y ni un alma había venido a turbar su intimidad. Estaban haciendo planes para trasladar su cuartel general unas millas más hacia el Val de Travers y el Creux du Van; y les faltaba sólo fijar el día de la marcha, cuando Stephen, que volvía de pasar la tarde entregado a la fotografía, vio con súbito e inesperado desconcierto... un Rostro. Y la impresión fue literalmente como un golpe en pleno corazón.

Cómo puede ocurrirle una cosa así a un hombre fuerte, a un hombre de mente equilibrada, sano de espíritu y de nervios, y cambiar en un instante su serenidad en febril y apasionado deseo de posesión, es un misterio demasiado profundo para que lo puedan explicar la filosofía o la ciencia. Le invadió un súbito y tempestuoso deleite, un verdadero vértigo del alma, maravillosamente dulce a la vez que

mortal. Aunque tales casos suelen ser rarísimos, es innegable que ocurren a veces.

Regresaba a casa, oscurecido ya, algo cansado. El sol se había ocultado tras el horizonte de Francia, a su espalda. Desde el otro lado del extenso campo que llegaba hasta las montañas distantes del valle del Ródano, la luz de la luna ascendía con alas de espectral resplandor y se adentraba en las hendiduras y pinares del Jura, en torno suyo. El aire fresco de la noche se movía susurrante; se veían parpadear luces a través de las aberturas entre los árboles, y todo olía como un jardín.

Debió de desviarse bastante de la dirección correcta — sendero no había ninguno—, porque en vez de dar con el camino de montaña que conducía derecho al chalet, desembocó de repente en un charco de luz eléctrica que rodeaba uno de los pequeños hoteles de madera, junto a la linde del bosque. Lo reconoció en seguida porque él y su hermano lo evitaban siempre deliberadamente. No parecía tan animado y concurrido como los grandes caravasares; de todos modos, estaba lleno de una clase de gente por la que ellos no sentían el menor interés. Stephen se había apartado lo menos media milla de su camino.

Cuando se tiene la mente vacía y el cuerpo cansado, parece que el sistema nervioso llega a un grado de sensibilidad a las impresiones imposible de alcanzar cuando una y otro se encuentran en pleno vigor. El rostro de esta joven, recortado en el cristal del mirador del hotel, se proyectó hacia él con un halo súbito e invasor, y tomó la más completa posesión imaginable de esa vacuidad transitoria de su espíritu. Antes de que pudiese pensar ni hacer nada, aceptarlo o rechazarlo, se había alojado para siempre en el centro mismo de su ser. Se detuvo, como ante un relámpago inesperado, contuvo el aliento... y se quedó mirando.

Un poco apartado de la multitud de gente «elegante» que había sentada bajo la luz eléctrica, este rostro de oscuro y melancólico esplendor se alzó, a poca distancia de sus

ojos, suave y maravilloso, como si la belleza de la noche — del bosque, de las estrellas, de la luna saliendo— se hubiese derramado, concentrándose en la superficie de un simple semblante humano. Enmarcada en el cristal de una esquina de los grandes ventanales, escrutando de soslayo la oscuridad, la visión de esta joven, a menos de veinte pies de donde él se había detenido, le produjo una impresión del más convincente deleite que había experimentado nunca. Fue casi como si viese a alguien que acabara de caer de otro mundo en medio de toda esta gente de hotel. Y en cierto modo, de otro mundo era, sin lugar a duda; porque nada había en su rostro que perteneciese a los países europeos que él conocía. Era de oriental. Y con esta visión, la magia de otros soles inundó su alma; se iluminó fugazmente la pompa de otros cielos, y se apagó. En rincones de su ser que hasta ahora habían permanecido a oscuras se encendieron antorchas.

La incongruencia de su entorno acentuaba el contraste con ventaja para ella; pero lo que al primer pronto la hacía tan extraordinariamente llamativa era la singular casualidad de que no la tocaba el haz de luz eléctrica. De hombros para abajo, estaba en sombra. Sólo al echarse hacia atrás, contra la ventana, con la cara y el cuello ligeramente vueltos, cayó sobre sus exquisitas facciones orientales el suave resplandor de la luna naciente. Y a los ojos de Stephen, fue hermosa como no lo había sido ninguna hasta ahora. Apartada de la vulgar multitud como se aparta una planta exótica de las yerbas que ahogan su desarrollo, su rostro pareció ir flotando hacia él por el sendero que trazaban los rayos sesgados de la luna. Y con él, fue literalmente ella. Una proyección emanada de la conciencia de él voló a su encuentro. La sensación de proximidad le cortó el aliento, con ese desmayo que lleva aparejado una dicha demasiado grande. La sintió en sus brazos, y sus labios se hundieron en los fragantes cabellos de ella. La sensación fue de intenso gozo y dolor, como en un éxtasis. Y quizá fue de natura-

leza verdaderamente extática: porque, al parecer, él estaba *fuera de sí*.

Permaneció allí, clavado en el charco de luz lunar junto al límite del bosque, quizá un minuto entero, tal vez dos, antes de comprender lo que había sucedido. Luego recibió una segunda impresión, más avasalladora que la primera; porque vio que la joven no sólo le estaba mirando, sino que se levantaba como en un incipiente gesto de reconocimiento. Como si le conociese; con su cabecita graciosamente inclinada hacia delante, mientras sus dulces ojos sonreían claramente.

El anhelo impetuoso y definido que le invadió la sangre le enseñó en ese instante el secreto espiritual de que el dolor y el placer son esencialmente una misma fuerza. El intento de dominarse que hizo de manera instintiva fue barrido por completo. Algo centelleó en los ojos de ella que disolvió los cimientos mismos de su resolución. Stephen retrocedió tambaleante, se agarró al árbol más cercano para no caer y, al hacerlo, salió del charco de luz lunar, y desapareció de la vista, sumiéndose en las sombras de atrás.

Por increíble que pueda parecer en estos tiempos de exiguos idilios, este hombre de carácter firme y fuerte, que hasta aquí sólo había sabido de tales asaltos por referencias de otros, se apoyó ahora, vacilante, contra un tronco de pino, experimentando toda la dulce debilidad del flechazo irresistible.

—Dios mío, ¡por esto me dejaría morir de hambre! ¡Soportaría un siglo de tortura, a cambio de darle un instante de felicidad...!

Porque con su torpe, concentrada pasión, se le escaparon las palabras antes de saber lo que hacía y decía; pero una vez dichas, se dio cuenta de lo penosamente pobres que eran para expresar una décima parte de lo que era un río creciente en su interior. Todas las palabras se le fueron: la respiración, que tan deprisa entraba y salía, no contenía ya ninguna.

Al retroceder hacia la sombra, la joven se había vuelto a sentar; aunque seguía mirando fijamente hacia el lugar que él acababa de dejar. Stephen, que había perdido toda capacidad de movimiento, se quedó mirando también. Entretanto, la imagen se estaba grabando con hierro al rojo en plásticas profundidades de su alma cuya existencia jamás había sospechado. Y otra vez, con la magia de este anhelo avasallador, pareció sacarla de entre la horda de huéspedes del hotel, hasta tenerla cerca de los ojos, cálida, perfumada, acariciante. Su rostro intensamente espléndido y delicado, amado ya más que ninguna otra cosa en la vida, se encendió al roce de sus labios. Stephen, ante el gozo, el asombro, el misterio de todo esto, sintió vértigo. Se disolvieron las fronteras de su ser... y luego se ensancharon para incluirla.

Por las palabras con que un enamorado se esfuerza en describir el rostro que adora adivinamos sólo una pequeña parte de su imagen: estos símbolos de vagos colores ocultan más belleza de la que revelan. Stephen no intentó analizar el inefable secreto de este rostro ovalado, oscuro, joven, que vio ladeado a la luz de la luna, con los párpados bajos sobre unos ojos almendrados, un cabello suave y brumoso, y envuelto todo por el misterio penetrante del amor. Lo aceptó, a la vez que se zambullía en un total abandono de sí mismo. Sólo se dio cuenta vagamente de que la naricilla, sin ser judía, se curvaba de manera especial hacia una barbilla cincelada delicadamente y con firmeza; de que sus labios expresaban la invitación de toda la feminidad de otra raza, una raza ajena a la suya: una raza oriental; y de que había en ese rostro algo no domado, casi salvaje, que corregía la exquisita ternura de sus ojos grandes, castaños, soñadores. La poderosa revolución del amor propagó su suave marea hacia todos los rincones de su ser.

Además, aceptó igualmente ese gesto de acogida, tan inesperado y espontáneo a la vez (¡tan natural, le parecía ahora!), la sonrisa de reconocimiento que tan deliciosa per-

plejidad le había causado. La joven había sentido lo que había sentido él; incluso se había delatado como él, con un movimiento súbito, incontrolado, de revelación y placer; y explicarlo con cualquier saber mundano y vulgar sería despojarlo de su entrañable pudor, veracidad y prodigio. Ella anhelaba conocerle, lo mismo que él anhelaba conocerla a ella.

Y todo esto en el corto espacio —según computan los hombres el tiempo— de dos minutos: incluso menos.

Jamás ha entendido Stephen cómo en ese instante fue capaz de frenar todo gesto precipitado e impulsivo. Sostuvo una lucha: breve, dolorosa, confusa. Pero acabó con una nota de alegría triunfal: el transporte de la felicidad futura...

Recuerda con gran esfuerzo que recobró el uso de los pies, y reemprendió el camino de regreso, saliendo otra vez a la luz de la luna. La joven de la ventana observó, con la cabeza vuelta, cómo se alejaba; estiró el cuello para seguir mirando, hasta que salió de su ángulo de visión; incluso agitó su mano pequeña y oscura.

«Voy a llegar tarde», fue el pensamiento que cruzó veloz por la mente de Stephen. Hacía frío; intenso hasta doler. «Mark se preguntará qué diablos me ha pasado...»

Porque, con rápida y terrible reacción, el significado de todo esto —las posibles consecuencias del Rostro— le inundó el corazón y se lo anegó como una riada de agua fría. Al calcular su amor fraternal, incluso su amor de gemelo, jamás había imaginado una cosa así: jamás había contado con la eventualidad de una fuerza capaz de hacer que todo en el mundo pareciese trivial...

De haber estado allí Mark, con su actitud más crítica ante la vida, habría podido analizarlo en seguida. Pero Mark no estaba allí. Y Stephen había... *visto*.

Esas cuerdas poderosas de la vida, como de un instrumento, sobre las que yace extendido el corazón del hombre, se habían puesto a temblar tremendamente. En su in-

terior latían y se derramaban nuevas vibraciones. Algo se le desintegró dentro; y en su lugar nació algo maravilloso. El Rostro había establecido su dominio sobre las regiones secretas de su alma; a partir de ese momento, el proceso fue maquinal e inevitable.

IV

Entonces, espectral y fría, surgió la imagen de su hermano ante su visión interior. Le salió al paso, en el sendero, el amor profundo y fraterno de gemelo.

Caminaba tropezando con las raíces y las piedras, tratando de dominarse, aunque a duras penas lo conseguía. Se habían abierto ventanas en todos los rincones de su alma; a través de ellas veía un mundo nuevo, inmenso, de colores gloriosos. Detrás de él, en las sombras, mientras sus ojos miraban y su corazón cantaba, se alzó el único pensamiento que hasta aquí había regido su vida: su amor a Mark. Se había vuelto ya inequívocamente borroso.

Porque ambas pasiones eran reales y dominantes: la una generada a lo largo de treinta y cinco años de afecto y consolidada por mil asociaciones y sacrificios, la otra caída del cielo con sobrecogedora brusquedad. Y desde el primer instante comprendió que no podían subsistir las dos a la vez. Debía morir una para alimentar a la otra...

En la escalera notó la fragancia de un tabaco extraño y, para su sorpresa e inmenso alivio, al entrar en el chalet descubrió que, por primera vez, su hermano no estaba solo. Un hombre bajo y moreno hablaba en tono grave con él, de pie junto a la ventana: junto a la ventana donde evidentemente había estado Mark esperándole inquieto. Antes de presentarle al desconocido, Mark manifestó su alivio:

—Estaba empezando a temer que te hubiese ocurrido algo —dijo en voz baja, pero de manera que el otro le oyó.

Y tras una pausa, durante la que escrutó con atención la cara de Stephen, añadió—: no te hemos esperado para cenar, como ves; pero la vieja Petavel te ha guardado la cena en la cocina para conservarla caliente y dispuesta.

—Yo... esto... me he extraviado —dijo Stephen con presteza, desviando la mirada de Mark al desconocido, y preguntándose vagamente quién sería—. Me he confundido en la oscuridad...

Mark recordó su obligación, ahora que su inquietud había desaparecido, y se apresuró a presentárselo: era un profesor de una universidad rusa, interesado en el folclore y las leyendas, que había leído el libro sobre los Abruzzos y había averiguado por pura casualidad que eran vecinos aquí en el bosque. Se hospedaba en un pequeño hotel de Les Rasses, y se había atrevido a venir a presentarse. Stephen estaba demasiado ocupado intentando ocultar el conflicto de sus nuevas emociones para notar que Mark y el desconocido parecían tratarse con relativa familiaridad. Tenía tanto miedo de que le traicionasen las tribulaciones de su corazón que era incapaz de percibir nada sutil o desacostumbrado en los demás.

—El profesor Samarianz es de Tiflis —explicaba Mark—, y me ha estado contando cosas de lo más interesantes sobre las leyendas y el folclore del Cáucaso. Tenemos que ir un año, Stephen... El señor Samarianz ha prometido amablemente facilitarme cartas de presentación para personas que pueden sernos útiles... Me ha hablado, también, de una preciosa leyenda sobre un «Valle perdido» que existe por aquí, donde los espíritus de los que mueren por propia mano, y los que tienen una muerte violenta, encuentran una paz perpetua: o sea la paz que les niegan todas las religiones...

Mark siguió hablando durante unos minutos, mientras Stephen se despojaba de la mochila e intercambiaba unas palabras con el visitante, que hablaba un excelente inglés. No estaba seguro de lo que decía, pero confiaba hablar

con suficiente sensatez y sosiego, a pesar de las pasiones que tan terriblemente combatían en su pecho. Notó, sin embargo, que el rostro de este hombre poseía un atractivo especial, aunque no lograba determinar dónde concretamente residía su secreto. Luego, pretextando hambre, entró en la cocina a cenar, enormemente aliviado de tener una ocasión para poner un poco de orden en sus pensamientos; y cuando volvió, veinte minutos después, descubrió que su hermano estaba solo. El profesor Samarianz se había ido. Aún duraba en la habitación el perfume de sus cigarrillos de extraño aroma.

Mark, tras escuchar a medias el resumen del día que hacía su hermano, comenzó a hablar atropelladamente de su nuevo interés: estaba entusiasmado con el Cáucaso y su folclore y con la feliz casualidad de que este desconocido se hubiese cruzado en su camino. La leyenda de un «Valle perdido» en el Jura era sumamente interesante, también, y manifestó su asombro de no haber topado hasta ahora con ningún indicio de dicha historia.

—Imagino —exclamó, tras una relación que duró media hora— que ha venido de uno de esos pequeños hoteles que hay en el límite del bosque... de ése bullicioso que siempre procuramos evitar. Nunca sabe uno dónde se esconde su suerte, ¿verdad? —añadió, con una carcajada.

—Tú, desde luego que no —replicó Stephen en voz baja, ahora totalmente dueño de sí; o al menos de su mirada y su voz.

Y, para su secreta satisfacción y placer, fue Mark quien facilitó la excusa para seguir en el chalet, en vez de trasladarse más abajo del valle como habían pensado. Además, habría sido absurdo y poco natural dejar de investigar una leyenda tan pintoresca como la del «Valle perdido».

—Estamos muy a gusto aquí —añadió Mark en voz baja—; ¿por qué no quedarnos un poco más?

—Desde luego, ¿por qué no? —contestó Stephen, confiando en que no se delatara la terrible tormenta interior